

Murcia: Un mes. . . . UNA peseta.
Resto de España un trimestre 3.50 id.

Precio de la venta

5 céntimos ejemplar y 25, 75 céntimos

REDACCION Y OFICINA:

SELGAS, 4.-MURCIA

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES
A PRECIOS SEGUN TARIFA

TODA LA CORRESPONDENCIA Y GIROS
DEBEN DIRIGIRSE
Al Director Gerente

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Año II

MURCIA.-Sábado 22 de Junio de 1907

Núm. 252

Mal procedimiento

La contienda parlamentaria de estos días ha dado como resultado dos cosas, una simpática y antipática la otra. La palabra demolidora de Salmerón, puesta al servicio de una mala causa, en sus censuras a Castilla centelleó con trazos de fuego, siendo el portavoz de los ambiciosos de Cataluña, no de los catalanes; en cambio el verbo mágico de Canalejas y las palabras luminosas de Melquiades Alvarez, como defensores de la justicia en la exaltación gloriosa de los campos castellanos, vibraron en los oídos de los representantes de la nación como armónicos conjuntos, que con sus sonos de paz restablecían la verdad histórica olvidada por el ilustre expresidente de la República. Los tres oradores parlamentarios—hermosa trinidad de saber y talento—aún defendiendo cosas contrarias entre sí, quedaron a una altura inmensurable, haciéndonos volver a la famosa época en que la tribuna española contaba con varios «monstruos» de fama imperecedera.

El método seguido por Salmerón, aún tendiendo a encumbrar la personalidad de Cataluña, nos parece reprobable, porque no hay cosa peor para defender una causa que la intención en la defensa de hechos que no guardan relación directa con el asunto y que por su índole peculiar, de cualquier manera, siempre producirán rozamientos entre las regiones, cada una interesada en guardar su pasado más ó menos brillante; y como los producirá y como se sabe tal cosa, la persona que se atreva á crear ese antagonismo obra á sabiendas de que hace un mal. Salmerón en su canto á Cataluña se olvidó de la discreción y acometiendo á cara descubierta á la realidad, dijo de Castilla, solar y cuna de la nación hispana, cosas que han levantado una marejada tremenda, contraria en un todo á lo que quizás se propuso el ilustre filósofo.

Esa atmósfera levantada por el insigne catedrático, como va contra una región que muy pocas veces molestó al poder central con peticiones extremadas, produce un sentimiento de simpatía hacia Castilla, encomendando más las pasiones en lo que se refiere al catalanismo. Y no es que se tenga antipatía por Cataluña, no; ni odio ni rencor se le puede tener, entre otras cosas, porque es un pedazo de España y por lo mismo algo de nuestra propia personalidad; lo que sucede es que las peticiones se hacen de manera amenazadora, exigiendo por la fuerza cosas que no se pueden conceder así porque sí, ya que suponen el resquebrajamiento de algo necesario á la buena marcha del organismo Estado. Claro es que al suponer esto, como lo principal es siempre lo más importante, se atiende á lo fundamental, razonando lógicamente que por un capricho que puede basarse en un error apreciativo, no se va á exponer el reino por complacer á una provincia que á la postre resultaría perjudicada, porque no puede, por resultar imposible, continuar sosteniendo á sus hijos obreros.

Con esas ideas, naturalmente, los discursos magistrales de Canalejas y Alvarez lograron una acogida inenarrable, que hará época en los fastos parlamentarios. La defensa del pedazo de España llamado Castilla, como era la defensa de un principio hermoso, fundamental en la federación de los antiguos reinos que forman la nación española, constituyó un triunfo glorioso, que habrá amargado el pensamiento del más sabio, pero, sin ningún género de dudas, el más iluso de los filósofos patrios.

ción para los actos condenables... Pero—afortunadamente—, lo que ocurre en el reino lusitano no nos importa un comino, sin duda por que aquí padecemos de igual enfermedad y tenemos ocupación bastante lamentándonos de ello. Permanecemos neutrales en la cuestión, y nada más.

Franco, el fracasado Maura lusitano, nos inspira por lo demás demasiada compasión para que queramos zaherirle ahora con epítetos que ya le han aplicado los súbditos del obeso rey Don Carlos. Ponemos mucho cuidado en observar estrictamente la máxima que nos ordena compadecer al vencido, pero sin afenderle con nuestra compasión; este es un placer en el que no aventuramos las costillas, esas cosas tan frágiles en nosotros para los poderosos. Siempre fuimos así; compadecimos á los que nos vino en ganas compadecer, pero siempre atentos á contrarrestar el orden natural de las cosas...

Cuando lo de Infesto, Valencia y Salamanca, no nos tomamos la molestia de indignarnos ó de intentar llevar á cabo algún acto resonante; la cordura, en nosotros innata, como prima hermana del miedo, se nos impuso «dificultándonos» hacer lo que debiéramos haber hecho... ¿Por qué entonces, indignarnos ahora por lo que ocurre en Portugal? Eso indicaría en nuestro haber una tontería más de la que nos arropentiríamos luego... Los españoles debemos estar siempre al lado de los opresores, no frente á ellos.

NAZARIN.

Información especial

Grandes comerciantes

Reyes, príncipes y grandes señores, que no hace mucho tiempo miraban con olímpico desprecio al vil comercio y denigrante tráfico, convencidos de que cuando va bien es muy agradable meter en la caja los cartuchos de oro ó los mazos de billetes, se han desprendido de antiguas y rancias preocupaciones y explotan el comercio como el primer hortera con suerte.

De España no hay que hablar; los aristócratas comerciantes los conocemos todos y tenemos panaderos, electricistas, carniceros, comisionistas, bisuteros, etc. etcétera, que en eso no hay que vituperarles por haber imitado á los de Inglaterra, en donde el mismo Rey comerciaba con los coches de punto, á los de Alemania, que son comerciantes con el alma por ser alemanes.

El Kaiser tiene en Cardineu una fábrica de objetos de porcelana. La heredó de uno de sus súbditos, gran admirador del Emperador y éste pensó deshacerse de ella; pero al convencerse que bien dirigida podría servirle para aumentar considerablemente su renta imperial, quedose con ella, aumentando en seis millones de marcos anuales.

El príncipe de Lippe-Detmold tiene una lista civil tan pequeña que no podría permitirse grandes lujos si se limitara á ella. Bien es verdad que sus estados no pueden darle gran cosa, pues son tan pequeños que desde el balcón de su palacio se ven los tres estados que rodean el suyo; pero para eso ha sabido encontrar un buen mercado para sus gallinas, y entre los productos de su granja, pollos, mantequilla, huevos y algunos cientos de miles de ladrillos que fabrica cerca de su principesco mansión, ha sabido procurarse una renta respetable.

El príncipe Guido de Henckel de Donnermark es fabricante de tejidos de seda, y explota unas minas de carbón de piedra; el príncipe de Christian de Hohenlohe es barinero y panadero, y finalmente, el aristócrata más rico de Alemania, el príncipe, Max Egon de Furstenberg, amigo íntimo del kaiser, es el cervicero que fabrica la famosa cerveza «Fouslieb Furstenbergisches Bier», la única que bebe el emperador, y por consiguiente, el príncipe, al lado de su escudo pondrá el imperial, como exclusivo proveedor de cerveza de la imperial casa.

X.

Nuestros colaboradores

DE LITERATURA

El parte de... Heliaste

Nada menos que 168 horas de terrible esfuerzo mental necesitó el agudo Heliaste

para hacer suyas las ideas (¡!) de su bondadoso asesor, pisotear á conciencia la gramática, quedar otra vez en ridículo—como todo el que pretende hablar por boca de plumífero,—y «tirarse» las consabidas planchas. Heliaste es consecuente con él mismo (cosa verdaderamente rara en geniecillos trashumantes de segundas y terceras planas de semanarios políticos) y tal vez por esto no quiere, no sabe, ó no puede desposeerse de los atavíos del ridículo, que tan bien le sientan, ni curarse de las planchas que lo han hecho famoso. Desde hoy en adelante no se hablará más del parto de los montes, sino del parto de Heliaste: que bien lo merecen 168 horas de incesante labor, para probarnos cumplidamente la semejanza que existe entre las prosas de un Fiel de Fecho y las de un criticuelo que hace pensar en la frase latina: *stultorum infinitus est numerus*.

Y buena prueba de ello, es que Heliaste se enorgullece de no «tocar la flauta por casualidad» esta vez, confesión que debe tenerle muy en cuenta el crítico flautista de la fábula. El instrumento que ahora maneja el superhombre Heliaste, es de cuerda, más sonoro, muy á propósito para rimar sonetos saudados ó y estrofas galantes y tan parecido al violón como un desahogo literario á un suspenso en Literatura. Según le hacen decir á este aplastante crítico—que ahora está pasando el sarrajin literario,—mis famosos cuentos ¡ay! y mis no menos famosas crónicas se trasladaron á la tercera plana del *Heraldo* por la confección especial de dicho periódico. No, papagayo Heliaste: para confección especial la de algunos críticos cuyas tremendas planchas, nos recuerdan que, aunque Heliaste se vista de Clarín, Heliaste se queda.

Este superhombre de las letras murcianas—(de las primeras letras, ó por mejor decir, párvulo de la literatura)—al referirse á un semanario local, lo disputa allegado de ripios, sin percatarse de la plancha que se «tira». Porque nada más lejos de mi ánimo que inferirle á Heliaste la ofensa de creerle desconocedor de los méritos indiscutibles de Ricardo Gil, Ruben Dario, Villaespesa, Machado, Marin-Baldo, Pérez Bojar... de quienes lei alguna composición en la mencionada revista, aunque no todas en primera plana. De donde se sigue, que si Heliaste maneja su bien tajada péñola como es debido, sin faltar en nada á la sabia advertencia del sexto mandamiento en sus relaciones con las musas, y no á guisa de pincho consumero; y si en vez de una semana emplease un año en reproducir el parto de los montes, yo creo sinceramente que si no cóndor, podía ser bulliciosa chicharra que á todos divirtiese con sus melifluos cantos saudadosos y sus nostálgicas prosas de comisionado de apremio... del Parnaso.

Como no podía menos de acaecer, Heliaste topó con algo mío (1). Mas no en tercera plana, sino en primera, dicho sea inoportunamente. Aunque estoy bien seguro de que si no hubiese sido por cierto trabajo que se inserta en el mismo número en que figura mi crónica, Heliaste no sabría á estas horas nada del buen gusto reinante en aquella época: entonces no había modernistas sino decadentistas. Porque si yo fuera orgulloso, le diría á Heliaste lo que tal vez no le hayan dicho: que en la tercera plana (gracias á la confección especial) del *Heraldo* se publicaban cuentos de la señora Pardo Bazán, de Octavio Picón, Sellés, Clarín y á veces *Mascaradas Literarias* (2).

Y para vencerle más llevadera á Heliaste su misión «depurativa», me presto gustoso á acompañarle en su viaje al través de las páginas del *Heraldo*. Quizás logre Heliaste lo que hasta aquí no alcanzó nadie: poner en ridículo á los Clarínes zambombistas y acabar con los cacicazgos literarios. Y si ello es de su agrado, haremos un copioso estudio de *fábula cervantina*, de sátira, crítica, crónicas, cuentos y aun de poesía si ampliásemos nuestro trabajo hasta la época actual.

Y como sería pecar de descortés no ofrecerle á Heliaste algunas flores del bien cul-

tivado verjel poético de tal cual Victor Hugo en pañales, allá va ese ramillete de bellezas alejandrinas, entrecadas de una composición que vio la luz en la segunda y tercera planas de un semanario (1), entre la noticia de un hallazgo y una súplica al Presidente de la Diputación: «admiración idólatra, gracias divinas, si mi musa supiese, magníficos yámbicos, espóndeos sonoros (2), estrofas homéricas belleza rubia, hermosuras químéricas, donaires de diosa (algo así como la Argentina), altivez soberana, culto amoroso vibraría, blancos (canosos serán) ideales, encantos sáficos, helénicos y artísticos». Total doce versos.

Más adelante aún hay «ondas azuladas del lago, flores de Eusaño, vaga ilusión y lunas dolientes»... *Vidit Heliastes cuncta quas faceret et erant valde bona*.

Segundo ramillete: «Eres blanca cual una arniñal crisantem pálida; eres angel y mujer (3), y también la olímpica náyade de la Hélade suprema... mas con una aureola de gracia PARISIÉN». Como algún mal intencionado podría suponer que esta prosa es muy mala, aunque en ella fluya la belleza de las imágenes naturalmente, quiero hacer constar que se trata de versos, también alejandrinos. Después hay aquello, que no podía faltar, de *mi torre de marfil, y de ensueño, y de bruma*, y los cisnes y las palmas que *saldrán* á recibir al autor en el último trance poético... *Aliquando bonus dormitat Heliaste*.

¡Qué buena obra de caridad sería vacunar á algunos críticos para preservarlos del sarrajin literario!

PEDRO SANCHEZ

NOTA.—No teníamos propósito de intervenir en la cuestión de Modernismo que «no» se discute, porque aguardábamos que los adversarios se pusieran de acuerdo; más como vemos que de todo, absolutamente de todo, «menos de lo que se debía, se discute, nos vemos obligados á mezclarnos en esto, é intervinimos.

La discusión se ha llevado á un terreno escabroso, donde, con mayor ó menos ingenio, se aseatan mordazmente los adversarios, poniéndose de oro y azul; y como con esto no se consigue nada positivo, ya que el que no quiere ó no puede comprender una cosa nunca lo comprenderá, damos por terminada la contienda, al menos, en nuestro periódico, advirtiendo á los autores que después de la rectificación de Félix del Puerto, si quiere rectificar, no publicaremos ningún artículo que trate ó aluda á esta cuestión.

Lo que se ha hecho hasta aquí, si algo se hizo, no aumentará ni restará un sólo partidario al Modernismo, palabra que nos hemos quedado sin saber qué significa, y, quién sabe si con ello hayamos ganado! Después de Félix del Puerto, ya lo saben los contrincantes, no publicamos ni una sola línea sobre esta cuestión, cosa que ellos mismos habrán de agradecer nos por el cariz que toma el asunto.

¡Pobre María! (1)

A mi distinguido amigo el joven abogado y correcto escritor

Don Eulalio Molina Cánovas

¿Dónde irá María con ese sigilo, con ese silencio, abriendo la puerta quedito... quedito... al ver que sus padres se quedan durmiendo?

Con paso inseguro se aleja al momento, y váse ocultando en las sombras que tienden los verdes naranjos que adornan su huerto.

Camina despacio, con paso muy quedo, y se advierte en ella tal desasosiego, que la causa espanto ese musiteo

(1) La Lucha. Murió de pesadumbre.
(2) Eso de espóndeo y yámbico, le advierto á los lectores que no es ninguna cosa mala. Su sabor es el del espárrago.

(3) Para las «bellezas pálidas» le aconsejo á Heliaste el uso del *Limóforo* del Dr. Precioso, 3.50 en todas las Farmacias.

(1) Del libro en preparación: «Pasiones».

que forman las hojas del árbol que agitan las hadas del viento.

Llega á unos cañares, se para con miedo; al poco las cañas se doblan, y un mozo la sale al encuentro.

Ambos se contemplan en dulce silencio; el mozo, radiante, gozando en su triunfo; la moza, risueña, cariciosa pidiendo.

Después se confunden en abrazo estrecho, y el mozo la besa... la besa en los labios con besos de fuego, y aquellos dos seres, muy juntos, unidos, formaron un cuerpo.

II

Ya amanece el día, cual siempre risueño, las sombras nocturnas veloces cabalgan hacia otro hemisferio.

Las aves entonan, se entreabren las flores y exhalan su aliento, y de luz, colores y aromas se visten la tierra y el cielo.

Todo es alegría, placer y contento; tan solo María se encuentra muy triste sentada á su puerta... espera á un mancebo.

Y pasan las horas... ¡y el día pasa lento! y el mozo no viene alegre á decirle cual antes: «Te quiero.» A cumplir sagradas promesas de amores que mütos se hicieron.

Y algo triste pasa por sus ojos negros: su memoria, sin duda, evoca constante amargos recuerdos.

Y la niña... ¡flora de de noche! sus muertos quereres sus amores muertos.

¿La habrá ya olvidado aquel á quien diera su paz y sosiego? Es posible; gozó los dulces placeres con que le brindara su amor con exceso, y aquellas caricias, aquellos halagos, paga con desprecios; y es que el hombre, ingrato, busca en las (mujeres) los amores nuevos

ALFREDO TRIGUEROS CABELL.

Blanca-21-6-1907.

CUENTO

Rosas y espinas

Sobre su sepultura había un ramo de rosas. Aquellas rosas representaban un poema de amor.

Rosa se llamaba también la que un día animó el alma del muerto, y parecía realmente un capullito de su nombre.

Sus cabellos eran de oro, como su corazón.

Su voz semejaba el murmullo de la ramas de árboles agitadas por la brisa primaveral.

Se querían mucho. ¡Cómo que se había criado juntos! ¡Cómo que eran hermanos de leche!

Aquel mutuo cariño, fué aumentando con los años y al mismo tiempo que crecía en intensidad, variaba en su esencia. Ya no era el efecto de niños, ni de hermanos, la simpática hija de la bondad, la juventud y la confianza, sino el amor con todas sus consecuencias.

Así transcurrieron algunos años. Reveses de fortuna agotaron la de los padres del mancebo, que era importante. El estudiaba una carrera. Ella era rica. El no quería aparecer inferior á ella y decidió partir lejos, muy lejos; á las Indias en busca de una posición que poder ofrecer con su delicado y sutil aroma había perfumado su alma! De otro modo, su posición se hubiese hecho esperar tanto! Pero él era joven, de talento, valiente y decidido. El triunfo pues era seguro.

Partió. ¡Qué despedida más! ¡Qué frases tan apasionadas! ¡Qué gritos! ¡Qué sollozos entrecortados!